

Nubes en el horizonte

CUADERNO DE ARTISTA

Quienes hemos recibido una educación católica, escuchamos durante nuestra infancia la historia de la Torre de Babel en alguna catequesis de sábado matinal. La catequista la solía ofrecer como ejemplo del funesto destino que aguarda a una humanidad soberbia que osa retar a Dios en magnificencia y dignidad.

Ahora que soy lo suficientemente mayor, me he replanteado la historia de aquella malograda torre. Para empezar no imagino al rey Nimrod, el “ideólogo” del proyecto, como a un altanero déspota. Más bien se me aparece como un responsable y sensible líder profundamente apesadumbrado ante la naturaleza caída de todo lo creado. Alguien más cercano a Marco Aurelio o a Luis II de Baviera que a Calígula o a Nerón. Nimrod quiso llegar al cielo para preguntar a Dios por qué hizo el mundo así y por qué es necesario pagar tanto dolor como peaje por vivir. Su torre tal vez no fuera un desafío sino un humilde escabel para que la divinidad descendiera por una vez a su imperfecta creación y la sanara con su aliento. Ocurrió que Yahvé sí descendió a la Tierra, pero tan solo para confundir a las huestes humanas. Se ve que Nimrod conocía poco la geografía celestial, ignoraba que toda divinidad está rodeada de una turbulencia y una confusión impenetrables, que reside en el centro de un laberinto impracticable y hostil; que rehúsa manifestarse dócilmente, más aún negociar con humanos sobre sus poderes.



Arcano XVI. *La Torre*. Tarot de Marsella.



La tentación de San Antonio.
Martin Schongauer. Hacia 1450

Nimrod vivió hace mucho tiempo, no pudo escuchar las doctrinas gnósticas sobre un dios escondido e inoperante cuya identidad había sido usurpada por un creador fanfarrón. Tampoco supo, como los padres del desierto, del cinturón demoníaco y borrascoso que se interponía entre lo humano y lo divino, impidiendo a las almas elevarse tranquilamente, sin ser zarandeadas por bandadas aulladoras y destrozonas. Los dibujantes del arcano XVI del Tarot de Marsella sí que conocían tanto el pensamiento gnóstico como las prácticas eremíticas de la Alta Edad Media (no en vano dibujaron la carta en el siglo XV). Por eso eludieron llamarla “Torre de Babel”, escribiendo en su lugar *La Maison Dieu* (la Casa-Dios). Con ello parecían querer levantar la sospecha de que ningún templo es fiable frente a la naturaleza indómita de lo divino. Quisieron simbolizar cómo todo edificio, construcción o recinto que aspira a encerrar un dios en su interior es por fuerza vulnerable. Y, siendo la teología la más pretenciosa de las arquitecturas, tampoco quedaría ella indemne ante el fuego del cielo. Por tanto, mal hacen los hombres si olvidan su nómada condición, pues a mayor esperanza mayor desilusión. (Visto el sentido de la carta resulta entonces comprensible que fueran los ambulantes gitanos quienes introdujeran el Tarot en Europa, ellos también desconfiaban de lo perenne). El caso es que desde aquel tiempo a día de hoy aquel fuego celeste, *némesis* divina, se ha derramado sobre las viejas torres medievales y, ajeno a los lamentos de las campanas, ha desalojado a los hombres de las bellas piedras para dejarlos magullados sobre el campo yermo del reino natural. La prometeica y explosiva chispa, que ha golpeado los contrafuertes sociales y hecho añicos los más sólidos sillares del poder, ha fluido cual líquido ígneo, incendiando la tinta de las plumas; apareciendo aquí y allá, cuando nunca se la esperaba. Su olor a pólvora impregna las obras de, entre otros, Giordano Bruno, Spinoza, Hume, Voltaire, Sade, Darwin, Marx, Nietzsche, Freud, Sartre, Wittgenstein o Heidegger, .

Los labriegos castellanos no han leído por lo general a ninguno de estos autores, no necesitan prosa culta para temer al cielo. Su prosperidad o su desgracia dependen por completo de los caprichos de la meteorología. Los hay cascarrabias que siempre están echando juramentos, y los hay devotos que no cesan de hacer rogativas, pero ninguno existe que viva indiferente a los avatares atmosféricos. Por eso en cada pueblo hay una iglesia, y en ella una torre descomunal si la comparamos con las pequeñas casuchas que la rodean. Detrás de cada modesto agricultor, coronado con una humilde boina, respira el soberano Nimrod, quien deseaba sobrepasar las nubes para alcanzar el reino de las eternas praderas, donde todo transcurre apaciblemente.

Multitud de seres habitan en las nubes, braman durante la tormenta lanzando estruendosas pedorretas (truenos), o cagarrutas blancas (pedrisco). En Castilla se llaman “nuberos”, “ñuberus” en Asturias, “nubeiros” en Galicia. Son los soldados de las borrascas, la tropa de las tormentas. Conviene protegerse de su ira, limitar su poder destructivo con fórmulas mágicas. Esos conjuros únicamente pueden ser efectivos si se recitan desde la torre de la iglesia, verdadero *axis mundi* que conecta cielo y tierra, nubes y sembrados.

Es posible que con anterioridad, el papel de la torre eclesial lo jugaran en España los árboles, dada la cantidad residual de cultos dendrolátricos que se pueden rastrear por nuestros pueblos; desde el árbol foral de Guernica a los mayos pingados sorianos.



Tormenta primaveral en la comarca de los Montes Torozos (Valladolid)

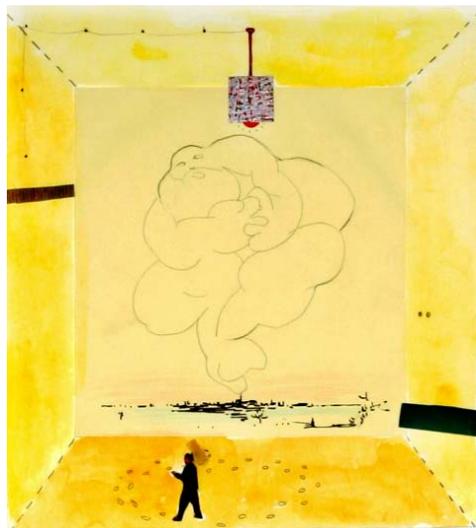


Torre de San Tirso: Sahagún (León)

El caso es que básicamente España es un país de torres y de campanas. Precisamente el tañer de éstas, su “toque de nubló”, frenaba los ímpetus de la tormenta. Lamentablemente las torres actuales ya no tienen voz, son gigantes mudos de metal y vidrio. La última fábrica de campanas en España sobrevive en la localidad de Saldaña (Palencia). Al carecer de competencia, atiende suficientes pedidos para subsistir, pero ¿quién colocaría unas campanas en los últimos pisos de las torres de Chamartín?

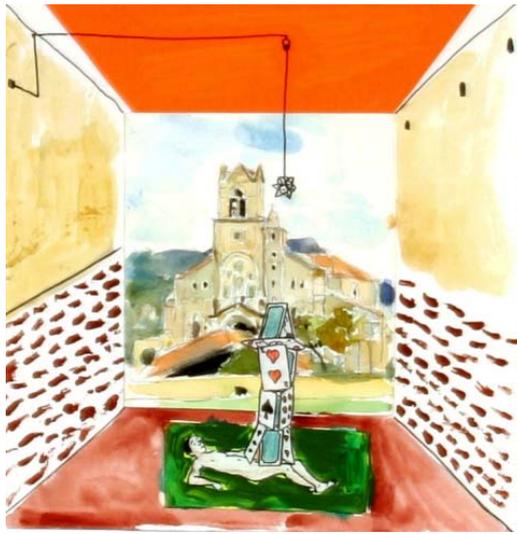
De entre todas las robustas torres de piedra o de ladrillo que punzan el cielo desde la meseta amarilla, ningunas más bellas a mi parecer que las de la localidad leonesa de Sahagún. Pertenecientes a un estilo románico-mudéjar, levantadas entre los siglos XII y XIII, están jalonadas de infinidad de vanos, por los que parece que el pueblo entero grita para ahuyentar a las nubes como si quisiera amedrentar a una jauría de lobos. Son torres llenas de bocas, que seguramente cuando tocan a nubló funcionan como una poderosa y telúrica garganta.

Como no podía ser de otro modo, tanto los peligros gaseosos de los humos, nubes y remolinos, como la fragilidad, a la vez que el sólido coraje de las torres, quedan reflejadas en mis trabajos. Ya en un par de dibujos expuestos en la muestra *Cuentos Cúbicos* (Madrid 2005), aparecen respectivamente un saturno caníbal de cuerpo vaporoso; y una frágil torre de naipes, metáfora del inconstante y caprichoso miembro viril masculino.



Niño temeroso del humo.

Cuando el pequeño ve elevarse la columna de humo en la lejanía, comienza a andar en círculo musitando palabras quejumbrosas. Teme ser devorado por el gran saturno de gas.



La torre de naipes.

*¡Qué frágil es la torre de naipes que conduce al farol – estrella!
Su constructor añora la pétrea solidez de las torres eclesiales, pero
el tiempo de la firmeza ya ha pasado.*

Cuando la vida me condujo a Guardo, desconocía que por aquí hubiera humos tan frecuentes y variados: desde aquel que sueltan los abundantes camiones que pasan por la localidad, a los expulsados por la central térmica de Velilla de Río Carrión. Pronto advertí dos calidades de humo saliente. La chimenea grande arroja uno voluptuoso y blanco, que es inocuo vapor de agua y se confunde con los cúmulos atrapados en las estribaciones montañosas; la chimenea más fina dibuja un hilo fino de color gris oscuro que sí es contaminante. El humo claro, esponjoso e inestable, exhibe una presencia contundente que no hace sino maquillar su naturaleza inofensiva, el oscuro por el contrario es como un silencioso y tenaz veneno que se va acumulando letalmente en los valles, pudriendo la vegetación.

La naturaleza ambivalente del humo, a veces operístico, otras, insidioso, la he plasmado en varias piezas de la serie de trabajos titulada *Comunidad fantasma*, centrada justamente en las comarcas mineras del Norte palentino. A un humo claro, bravucón y farruco, le acompaña otro oscuro y tedioso, que corrompe lentamente la sangre de una comarca sin presente. Del primero sobrestimamos su capacidad de destrucción, su maldad gruñona; cierto es que hace unos años un tornado se llevó por delante algunos tejados en Velilla de Río Carrión, pero genios de tanto tronío rara vez aparecen por estos páramos. El segundo humo, que se acumula como una traicionera niebla en muchos corazones, hace languidecer las verbenas, enmudece a los cómicos ambulantes, y mina las torres de las iglesias como un musgo helado que se cuela entre las piedras y acecha su estabilidad. No caerán de golpe sino que se irán transformando poco a poco en esqueletos hasta que apenas logren ya sostener el peso de los nidos de cigüeña. Este humo corrosivo, heraldo de un tiempo insoportable, fruto de la tensa espera de una primavera indefinidamente aplazada, ha invadido algunos de mis dibujos y ha nublado la vida a los personajes que los habitan. Como les ocurre a los supervivientes en la última novela de Cormac McCarthy, *The road*, son gentes que buscan desesperadamente el fuego, la chispa vital, en un mundo apagado.



Voces de polvo.

Por cualquier rendija entra a esta casa el polvo que levantan los camiones al pasar por la calle. En el pueblo siempre andan pasando camiones y es tal el polvo acumulado que se forman remolinos con él; y siempre aparecen rostros vociferantes y grises que luego nunca dicen nada.



Batalla de torbellinos.

A las cinco en punto de la tarde se dan cita los vientos de la Comarca en el estadio municipal para averiguar quién es el más fuerte. Nadie arbitra sus pugnas y la competición siempre termina entre una nube de polvo. Pasado un cuarto de hora los vientos, fatigados, se retiran y el polvo se posa de nuevo. La calma invade el resto de la tarde.



Los reformistas.

Subiendo la cuesta del Pueblo hay una casa de fachada oscura. Allí viven los Reformistas, una familia de locos que no acepta la actual situación de abandono en la que vive la Comarca. Les delata su gesto sombrío y concentrado, su ropa gris de presidiario. Algunos vecinos desconfían de ellos y otros dicen que en el fondo, son gente encantadora y comprometida. Su amargura es más real que los rutinarios engaños de los que no quieren ver el rostro de la decadencia.



Un bailarín persistente.

Hace cinco años que cerró la única discoteca del pueblo. A Herminio se le vino el mundo encima. ¿Qué haría ahora él los sábados por la noche? En la discoteca del pueblo vecino se mofaban de sus bailes y sus maneras y no le apetecía ir. No se resignó al cierre, aún se sigue colando en el local para, en medio del silencio, marcarse unos pasos. De su dedo índice brota un chispeante y viejo fantasma: la ira.

El sopor gaseoso que emana de las manchas de humedad en los sótanos del alma forma a veces mil nubes irisadas, las cuales colorean a la fuerza unas existencias grises, a modo de dopaje químico. En la instalación titulada *Los boticarios*, perteneciente a la serie de trabajos sobre los seres perdidos de España y centrada en la desorientación de la juventud en las antiguas comarcas mineras carentes de futuro; ya aparece esa posibilidad: la psicodelia como un arma para combatir el abandono. Sobre una estructura cenicienta se han desplegado luces de colores, píldoras de vivos tonos, plásticos chillones, bolas de espejos y papel de plata. Lamentablemente, burlar el aburrimiento tiene un precio: la locura.



Los boticarios

Vinieron siguiendo la estela de los mineros a las estribaciones meridionales de la Cordillera Cantábrica. Se quedaron allí para aliviar penas y esfuerzos mediante polvos, pastillas y pócimas. Prometieron una felicidad fácil y accesible, sin mentar efecto secundario alguno. Ahora ya no quedan mineros, pero los boticarios no se han marchado. Viven muy bien en su papel de brujos para una juventud sin horizontes.



Sin darme cuenta, de la tormenta a la niebla, del humo al aburrimiento, el gris ha ido desdibujando mis palabras, infiltrándose en mi discurso. Es hora de hablar del verdadero no-color, de esa neutralidad insostenible que a veces se prolonga en el tiempo como un mal sabor de boca.

El gris nace inesperadamente, se alza desde el horizonte ansioso pregonando la catástrofe y provocando un hormigueo en las tripas. Este aliento de los demonios atmosféricos debe de ser leído como un presagio funesto: es necesario abandonarlo todo, huir con lo puesto. Un aviso de semejante índole, no atendido, acarrea una muerte segura; recuérdense ahora esas cenizas pompeyanas que nunca fueron tomadas plenamente en serio. Únicamente el que vela, quien tiene los ojos abiertos, es sensible al gris de mal agüero. Aquel que escruta el horizonte, quien entorna los ojos para memorizar la forma de las nubes conoce bien los tiempos y los augurios, aunque no siempre sea respetado por sus semejantes.

A mediados del siglo XIX surge una poderosa figura en la cultura occidental que va a generar una poética en la novela y en el cine durante el siglo siguiente, me refiero al *Centinela*. Tal vez sea el capitán Ahab en *Moby Dick* el primero de una larga estirpe de vigilantes y rastreadores, de hombres secuestrados por una hermeneútica de la sospecha, de paranoicos que, fatídicamente, terminan llevando la razón. En cualquier caso, seres así ya pululan por las novelas de Dostoieski. Estos lobos esteparios van a erigirse en monumentos precarios de lo humano en el siglo XX. Pienso ahora en *los acantilados de mármol* de Ernst Jünger, en *el desierto de los tártaros* de Dino Buzzati, pero sobre todo en mi admirado y querido Julián Gracq, un narrador de rastreadores que otean la maleza en lo más denso del bosque o de navegantes que surcan las aguas más peligrosas. Y no olvido el cine; especialmente dos películas tan maravillosas como son *Derzu Uzala* de Akira Kurosawa y *Stalker* de Andrei Tarkowski.

Yo también conozco a un *Stalker* castellano. Germanín, vecino del pueblo de Villaconancio (Palencia) es un zahorí de pueblo, alguien que siempre encuentra algo en el campo; la mayor parte de las veces viene con una piedra negra que clasifica como meteorito, menos frecuentemente encuentra monedas, puntas de flecha y supuestas esculturas prehistóricas. En su casa ha formado un museo doméstico y secreto con sus hallazgos. Como al personaje de Tarkovski, una fe inmensa le mueve, una credulidad que raya en la locura.

Mas si el gris viene de improviso, jamás se va con facilidad, se instala primero en los corazones y luego en la misma carne de las cosas. Espeso y viscoso, se esconde entre los poros de la piel agrietada, renace desde las pequeñas y húmedas fosas que la tierra alberga. El gris amansado puede que no sea tan peligroso como el gris tempestuoso, pero es sin duda altamente corrosivo, actúa como un dolor sordo, como una parálisis progresiva. Es él quien encarna el tiempo de la ceniza, con su escasez de flores y de risas, cuando el bisbiseo de las plegarias se ahoga en el viento. En él lo humano da su verdadera nota como una campana trémula lo hace frente a la tormenta. Este periodo residual, verdadera cuaresma humana, ha sido descrito admirablemente por Georges Steiner para referirse al siglo XX y a su *zeitgeist*. Desde luego, podemos advertir ese gris en los tristes bodegones cubistas, también en esa absurda cotidianidad de tarde de lluvia que impregna los cuadros de Magritte, en las calles vacías tras la gran depresión americana que pintaron Charles Sheeler o Edward Hopper, en el sucio Londres de posguerra que retratan Auerbach y Kossoff, tan cochambroso como humildemente confortable; en los ahumados fantasmas de Gerhard Richter que exhalan un aroma a fotografía rancia, en los campos yermos de Kiefer, que muestran la tozuda pervivencia del mundo. También resuena este gris en las tibias composiciones musicales de Edward Elgar o en los naufragios instrumentales de Víctor Lutoslavsky u Oliver Messiaen, en el Dublín sin brillo que pintan las palabras de Joyce, en los poemas urbanos de Ezra Pound, y hasta en las nebulosas greguerías de nuestro Ramón Gómez de la Serna. Pero especialmente este gris se llega casi a masticar en, el que es para mí, el mejor poema sobre la Guerra Civil española. Lo escribió el peruano César Vallejo tras el bombardeo de la localidad vizcaína de Durango. Comienza como un padrenuestro a un dios polvoriento:

*Padre polvo que subes del fuego
Dios te salve, te calce y dé un trono
Padre polvo que estás en los cielos (...)*

Este himno a la desolación refleja la dureza del paisaje después de la batalla, la dificultad extrema para reponerse de tanta pérdida. Justo lo que el gris desabrido expresa cuando tiñe las lápidas recién cerradas como un sudor indeleble. Un gris fosilizado que perdura aquí y allá, en corros de nubes viejas y antañonas que todavía no se han disipado del todo. Es el gris que se asoma a mi ventana cuando oteo el horizonte casi borrado en mi ceniciento rincón de Iberia

JOSÉ LUIS VIÑAS